



Tomasoni, Matteo: *El caudillo olvidado. Vida, obra y pensamiento de Onésimo Redondo (1905-1936)*, Granada, Comares, 2017, 311 pp.

A juzgar por los títulos de algunas obras de referencia sobre Falange podría decirse que prácticamente desde su nacimiento la historiografía sobre el fascismo español ha vivido envuelta en una bruma de inagotable epopeya. De manera recurrente, los investigadores que se han acercado al asunto desde la biografía han presentado a sus objetos de estudio como víctimas de una suma de incompreensión, manipulación y negligencia. Tras la mendaz utilización que el franquismo hiciera de los camisas viejas, en las primeras décadas de democracia pareció establecerse una clave de acceso al campo académico: todo aquel que quisiera escribir sobre José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma y compañía tendría que adoptar un tono desmitificador, misterioso y hasta cierto punto adanista. En aquellos años era una necesidad desempolvar la cara humana de los falangistas de primera hora y poner bajo siete llaves hagiografías y relatos condenatorios. Sin embargo, resulta llamativo que en un área de estudios tan prolífica siga tan vivo aún en nuestros días ese lenguaje, casi arqueológico, de revelación y descubrimiento. Desde luego, pocas figuras del siglo XX español han recibido una atención tan desbordante como Primo de Rivera, y más aún si se toma en consideración el escaso predicamento que tuvo entre sus contemporáneos. También en las últimas décadas Giménez Caballero o Ledesma Ramos han contado con sagaces biógrafos. Sin embargo, si había algún líder falangista al que aún podía sentar bien el traje de abandono y desconocimiento, ese era sin duda el *Caudillo olvidado* de Matteo Tomasoni: Onésimo Redondo.

Abogado, sindicalista agrario y católico vehemente, Onésimo Redondo (1905-1936) tuvo una corta pero palpitante vida como agitador político en los convulsos años treinta. De su mente, de su esfuerzo o de su pluma surgieron algunos de los primeros proyectos de reorganización de una extrema derecha que mudaba su piel al compás de las transformaciones socioculturales de la Europa de entreguerras. En España, la llegada de la República había sumido en una profunda parálisis a los actores tradicionales de la contrarrevolución. Pero, a su vez, aquel ambiente de incertidumbre y desorientación creó las condiciones para la exploración de nuevas rutas intelectuales y estrategias de acción política. El nacionalsindicalismo que Onésimo Redondo animó desde Valladolid fue uno de esos innovadores ensayos de la derecha radical española. Tras romper con los círculos del propagandismo católico y el conservadurismo monárquico en 1931, convencido de que ya no servían para defender los principios que profesaban, Redondo montó el semanario *Libertad* y las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, germen de las futuras Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), que formaría en otoño de ese año con Ramiro Ledesma y su grupo de *La Conquista del Estado*. Aunque se trataba de minúsculos cenáculos con un radio de acción reducido, aquellas iniciativas terminaron por figurar como el primer eslabón de una larga teleología que concluía en el franquismo victorioso. Sin las prédicas de Redondo y Ledesma en el desierto, se venía a decir, no se habría

dado forma al espacio político que ocuparía en 1933 la Falange de José Antonio y, desde febrero de 1934, FE de las JONS. Y sin la frenética actividad falangista durante el segundo bienio y la primavera de 1936, nunca habría sido posible el golpe de julio ni la creación del partido único de la dictadura, FET y de las JONS. Onésimo Redondo, que con las sucesivas fusiones había perdido protagonismo en la dirección del nacionalsindicalismo, quedaba relegado así a la condición de inicial apóstol de una buena nueva triunfante tras su muerte, acaecida en los primeros días de la Guerra. Sin el magnetismo personal ni la sofisticación intelectual de Primo de Rivera, y desprovisto también del halo romántico e iconoclasta de Ledesma, Redondo se convirtió en alguien importante no por lo que había dicho o hecho sino por lo que había prefigurado: por lo que tenía de precursor de la Nueva España. En este libro Matteo Tomasoni rescata a Onésimo de esa condición subsidiaria y recupera al joven vallisoletano en todas sus facetas. Con ello permite a sus lectores conocer de manera profunda no ya a un primer fascista, sino a un lector voraz, un escritor autodidacta y un militante incansable obsesionado con ensanchar los limes de la contrarrevolución en el que había de ser su principal vivero, el campo castellano.

La investigación que Tomasoni presenta se divide en dos grandes secciones (una propiamente biográfica y otra dedicada al análisis pormenorizado del pensamiento político de Onésimo Redondo) porticadas por un estimulante prólogo en el que Ferran Gallego ahonda en la línea interpretativa del proceso de fascistización en España ya exhibida en *El evangelio fascista*. Tras estas sugerentes páginas comienza una obra armada de principio a fin sobre el hallazgo de una importante documentación inédita que haría las delicias no solo de cualquier biógrafo sino también de cualquier historiador cultural o historiador de la lectura: una ingente correspondencia privada con familiares y camaradas; apuntes sobre economía, sociología o la estructura del Estado; borradores de artículos; notas de lectura de la más variada filosofía política tradicionalista del XIX así como de intelectuales antiliberales de la Europa de entreguerras como Sorel, Maeztu o Sardinha; y, finalmente, el semanario de combate político que Onésimo impulsó desde su exilio portugués, *Igualdad*, que hasta el momento se creía desaparecido.

Merced a este aparato documental, Tomasoni ha reconstruido pormenorizadamente la trayectoria vital y las líneas básicas del pensamiento político de quien fuera miembro de la Junta Política de Falange y líder regional en Castilla. Especial mención merece la recreación de algunos momentos concretos de la vida de Redondo sobre los que se cernía un manto de oscuridad. Uno de ellos es la estancia del joven en Mannheim durante el curso 1927-1928, donde desarrolló gran interés por el catolicismo social germano que se aglutinaba en torno a *Zentrum* y no tanto por un nacionalsocialismo aún alejado de su posterior proyección. Otra etapa bien reflejada es la del momento de ruptura de Redondo con los propagandistas y Acción Nacional, un tiempo de transformación en el seno de la derecha radical. De su descripción (y quizá no tanto de su interpretación) del catolicismo vallisoletano, de los grupos de afectos a la Monarquía y de los sindicatos agrarios se colige un panorama líquido en el que las familias políticas no conformaban campos estrictamente delimitados donde las diferencias se impusieran sobre las similitudes, como a menudo recoge una historia de las ideas solo edificada a partir de los discursos, sino que, al contrario, nombres, actividades y lugares de socialización se solapaban.

Aquí, tal vez, hubiera sido interesante seguir el hilo de las redes y realizar una labor prosopográfica que, si bien hubiera alejado en parte al autor de sus propósi-

tos biográficos, habría ayudado a inscribir la actividad política de Redondo en el microcosmos en que se desarrolló. Y es que, quizá en algunos momentos pueda echarse en falta una mayor atención sobre el contexto ambivalente en que Onésimo Redondo desarrolló su fugaz pero intensa carrera política. Redondo era un “hijo del campo castellano” que habitaba una ciudad en transformación y que trabajaba codo con codo tanto con los pequeños propietarios rurales y remolacheros que parecían guardar la esencia de Castilla como con estudiantes y profesionales liberales de las “familias bien” de Valladolid. En ese sentido, la profunda inmersión en la trayectoria personal del biografiado en algún momento ha podido desviar al autor de otros objetivos que, a juzgar por las fuentes mostradas, tal vez podía haber acometido, como un análisis de la práctica política de los jóvenes fascistas a nivel local, sus experiencias y su representación de intereses y demandas de un sector de la derecha vallisoletana. Una cuestión en absoluto secundaria habida cuenta de que los mejores resultados electorales de Falange en febrero de 1936 fueron los cosechados en la capital castellana. Igualmente, es preciso destacar la adecuada reconstrucción que el autor realiza del largo año que Redondo pasó refugiado en Oporto tras el fracaso de la Sanjurjada, así como el detalle con que describe el mantenimiento de la estructura clandestina de Falange y la relación de Redondo con sus fieles cuando estuvo preso en la primavera y verano de 1936. Probablemente ahí residan las mejores páginas del libro.

En una segunda parte, Tomasoni procede al análisis de las características más particulares del pensamiento político de Onésimo Redondo. Entre ellas el autor destaca su interpretación de Castilla como corazón de España y su crítica al separatismo, el peso (seguramente sin par entre los falangistas del período republicano) concedido al catolicismo como articulador de la acción política, las bases de su doctrina sindical y, finalmente, su teoría del complot judeomasónico, que le llevó a convertirse en uno de los principales difusores en España del panfleto antisemita *Los protocolos de los sabios de Sión*. En el centenar largo de páginas que componen esta sección, Tomasoni muestra la pluralidad doctrinal que subyacía al mensaje de unidad del fascismo español y, singularmente, la complejidad de las ideas del abogado castellano, hasta el momento ayuno de un verdadero trabajo de compilación y disección de su teoría política. En lo sucesivo, y gracias a esta aportación, ningún análisis del fascismo español podrá pasar por alto los rasgos particulares que Redondo imprimió a su pensamiento ni podrá, como bien señala Ferran Gallego en el prólogo, olvidar el “espacio de complicidad” que compartían vastos sectores de la contrarrevolución. Desde luego, su contribución en lo relativo a los contenidos es de gran importancia, como demuestra, por ejemplo, su fundamentada reconstrucción de las raíces católicas (y no nacionalsocialistas) del antisemitismo de Redondo.

Junto a estas virtudes es preciso reseñar algunas cuestiones problemáticas que emergen en esta sección consagrada a esclarecer el pensamiento político del biografiado. En primer lugar, se echa en falta una declaración metodológica o teórica del tipo de análisis de discurso que el autor defiende y aplica. En ese sentido, su tratamiento tal vez sea excesivamente descriptivo, literal y poco atento tanto al contexto discursivo en el que se movía (en el que algunos de los conceptos utilizados por Redondo eran tan volátiles y estaban sometidos a una auténtica pugna por la definición de su significado) como a la diferente funcionalidad y momentos de escritura de los textos (esto es: si eran manuscritos de consumo interno, borradores, declaraciones programáticas, cartas privadas, propaganda destinada a la seducción de sectores concretos, artículos periodísticos, etc.). En segundo lugar, quizá hubiera sido deseable

la existencia de menciones más explícitas a la historicidad de los textos y materiales privados que analiza, un asunto totalmente relevante en una figura que murió tan joven y que nunca dejó de enriquecer su pensamiento con nuevas aportaciones. En este punto, siguiendo las pautas que autores como Ginzburg, Chartier o Darnton han proporcionado en historia cultural, y dado el carácter autodidacta de Redondo, hubiera resultado de gran interés una mayor atención sobre esas anotaciones y apuntes en tanto que indicios sobre la disponibilidad, recepción, apropiación y reformulación creativa de lo leído por parte del biografiado. Esto es, su clave de lectura. En este caso concreto, además, el importante fondo de artículos que Redondo publicó al tiempo que fundamentaba las raíces de su pensamiento, hace del biografiado un personaje excepcional para problematizar acerca de la socialización y transmisión de discursos políticos, así como acerca del uso combinado de referentes intelectuales de distinta época. En tercer lugar, el lector también puede acusar la ausencia de un más insistente diálogo (y, sobre todo, debate) con la amplia literatura dedicada a la exégesis doctrinal del fascismo en España, que el autor recoge para guiar su narración, pero apenas discute. En cuarto y último lugar, y aunque se trata de un libro centrado en una experiencia vital particular, una mayor mirada al continente tal vez le habría permitido aprovechar el potencial transnacional de una figura como Redondo, que refleja, como pocas, debido a sus lecturas, a su estancia en Alemania y a su exilio en Portugal, el marco de amplia circulación de consignas, símbolos y referentes culturales de la gran corriente de la derecha radical europea.

Son todas ellas sugerencias que contribuirían a aumentar la densidad de una investigación que combina con destreza fuentes primarias y secundarias e incrementa considerablemente el conocimiento disponible sobre los diferentes actores de la derecha radical española, así como sus conflictivas y heterogéneas maneras de leer el mundo y actuar en política.

Carlos Hernández Quero
Universidad Complutense de Madrid
chquero@ucm.es